

no haber menester nada desde aquel instante sin costarme blanca; porque me dieron de almorzar grandemente; me regalaron dos ó tres cajillas de cigarros finos; me facilitaron dinero para jugar, y eso empeñando sus capotes el coime y otros; bien que esto no lo quise admitir, dándoles las gracias con aire de rico, considerando que aquellos favores los dirigía el interés, y aún no tenía un peso cuando ya mi cabeza estaba llena de viento y me pesaba la amistad de aquellos pobretes trapientos.

Sin embargo, como los había menester, á lo menos aquel día, permanecí con ellos, ofreciendo á todos mi protección con intento de no cumplir á nadie mi promesa, y ellos me adulaban á porfía, confiando en que los tres mil pesos se repartirían entre todos á prorrata, y aun creo que ya estaban haciendo las cuentas de en lo que los habían de gastar.

Finalmente, comí, bebí, cené y chupé todo el día sin que me costara nada. A la noche no permitió el coime que durmiera en el banco pelado, como las dos noches anteriores, sino que á fuerza me cedió su cama, acostándose él sobre la mesa del truco, y apenas insinué que me incomodaba el canto del gallo, cuando lo echaron á la calle.

En un colchón, á lo menos blando, con sus sábanas, colcha y almohada no pude dormir; toda la noche se me fué en proyectos. A las cuatro de la mañana me

quedé dormido, y voluntariamente desperté como á las ocho del día, y advertí que ya estaban todos jugando y guardando un silencio poco usado entre semejante gente. Me aproveché de su atención, me hice dormido y oí que hablaban sobre mí, aunque en voz baja. Uno decía:—Yo tengo esperanzas de sacar todas mis prendas con esta lotería. — Otro: — Si de ese dinero no me hago capote, ya no me lo hice en mi vida. — Otro: — Espero en Dios que en cuanto cobre señor Perico el dinero nos remediamos todos. — Y como que sí, decía el coime; lo bueno es que él es medio crestón; lo que importa es hacerle la barba.

Así discurrían todos contra los pobres tres mil pesos, y yo, que no veía las horas de cobrarlos, hice que me estiraba y despertaba. Alcé la cabeza y no los había acabado de saludar, cuando ya tenía delante café, chocolate, aguardiente y bizcochos para que me desayunara con lo que apeteciera. Yo tomé el café, dí las gracias por todo y me fuí á cobrar mi billete.

Querían hilvanarse conmigo diez ó doce de aquellos leperuscos; pero yo no sufrí más compañía que la del condiscípulo, que ya no me decía Periquillo, sino Pedrito; y por fortuna de él advertí que no habló una palabra que manifestara interés á mi dinero.

Llegué con él á cobrar el billete, y no sólo no me lo pagaron, sino que al ver nuestro pelaje desconfiaron no

fuera hurtado, y dándome el mismo número y un recibo, me lo detuvieron exigiéndome fiador.

¿Quién me había de fiar á mí en aquellas trazas, no digo en tres mil pesos, pero ni en cuatro reales? Sin embargo, no desesperé; me fuí para el mesón donde había jugado y comprado el billete dos días antes, y luego que entré y me conocieron los tahures y el coime, comenzaron á pedirme las albricias con muchas veras, porque el billetero ya les había dicho como había salido premiado con tres mil pesos el número que había vendido allí.

Yo, al ver que sabían todos lo que les quería descubrir, les dije: — Camaradas, yo estoy pronto á pagar las albricias; pero es menester que ustedes me proporcionen un fiador que me han pedido en la lotería; pues como soy pobre, se desconfía de mí y no se cree que el billete sea mío, y aun me lo han detenido.

—Pues eso es lo de menos, dijo el coime; aquí estamos todos que vimos comprar á usted el billete, y el billetero que lo vendió que no nos dejará mentir.—A este tiempo entró el dueño del mesón, y sabedor del asunto, de su voluntad hizo llevar un coche, y mandándome entrar con él, fuimos á la lotería, en donde quedó por mí y me entregaron el dinero.

Cuando nos volvimos, me decía en el coche el señor que me hizo favor de cobrarlo: — Amigo, ya que Dios le ha dado á usted este socorro tan considerable por un

conducto tan remoto, sepa aprovechar la ocasión y no hacer locuras, porque la fortuna es muy celosa, y en donde no se aprecia no permanece.

Estos y otros consejos semejantes me dió, los que yo agradecí suplicándole me guardase mi dinero. Él me lo ofreció así, y en esto llegamos al mesón.

Subió el caballero mi plata, dejándome cien pesos que le pedí, de los que gasté veinte en darles albricias al coime y compañeros y comer muy bien con mi fámulo y discípulo, que se llamaba Roque.

A la tarde me fuí con él para el Parián, en donde compré camisa, calzones, chupa, capa, sombrero y cuanto pude y me hacía más falta; y todo esto lo hice con la ayuda de mi Roque, que me pintó muy bien. Volvimos al mesón, donde tomé un cuarto, y aunque no había cama, cené y dormí grandemente y me levanté tarde, á lo rico.

Luego que nos desayunamos, puse un recibo de quinientos pesos y se lo envié al señor, mi depositario, quien al momento me remitió el dinero; salí con cien pesos y á poco andar hallé una casa que ganaba veinticinco mensuales, la que tomé luego luego, porque me pareció muy buena.

Después me llevó Roque á casa de un almonedero, con quien ajustó el ajuar en doscientos pesos, con la condición de que á otro día había de estar la casa puesta.

Le dejamos veinte pesos en señal y fuimos á la tienda de un buen sastre, á quien mandé hacer dos vestidos muy decentes, encargándole me hiciera favor de solicitar una costurera buena y segura, la que el sastre me facilitó en su misma casa. Le encargué me hiciera cuatro mudas de ropa blanca lo mejor que supiera, y que fueran las camisas de estopilla y á proporción lo demás; le dí al sastre ochenta pesos á buena cuenta y nos despedimos.

Roque me dijo que él me serviría de ayuda de cámara, escribiente y cuanto yo quisiera; pero que estaba muy trapiento. Yo le ofrecí mi protección y nos volvimos á la posada.

Comimos muy bien, dormimos siesta, y á las cuatro me eché otros cien pesos en la bolsa y nos salimos al Parián, donde habilité á Roque de algunos trapillos regulares, y compré un reloj que me costó no sé cuánto; pero ello fué que me sobró un peso con el que fuimos á refrescar, y después volvimos al mesón, saqué dinero y nos fuimos á la comedia.

Después de ésta, cenamos en la fonda, tomamos vinos y nos fuimos á acostar.

Así se pasaron cuatro ó cinco días sin hacer más cosa de provecho que pasear y gastar alegremente. Al fin de ellos entró el sastre al mesón y me entregó dos vestidos completos y muy bien hechos de un paño riquísimo; las cuatro mudas de ropa, como yo las quería, y la cuen-

ta, por la que salía yo restando ciento y pico de pesos. No me metí en averiguaciones, sino que le pagué de contado y aun le dí su gala. ¡Qué cierto es que el dinero que se adquiere sin trabajo se gasta con profusión y con una falsa liberalidad!

A poco rato de haberse despedido el sastre, entró el almonedero avisando estar la casa ya dispuesta, que sólo faltaba ropa de cama y criados; que si yo quería, me lo facilitaría todo, según le mandara, pero que necesitaba dinero.

Díjale que sí; que quería las sábanas, colcha, sobrecama y almohadas nuevas, una cocinera buena y un muchacho mandadero; pero todo cuanto antes. Le dí para ello el dinero que me pidió y se fué.

Aquel día lo pasé en ociosidad como los anteriores, y al siguiente volvió el almonedero diciéndome que sólo mi persona faltaba en la casa. Entonces mandé á Roque trajera un coche, y pasé á la vivienda de mi depositario tan otro y tan decente que no me conocía á primera vista.

Cuando se hubo certificado de que yo era, me dijo:— No me parece mal que usted se vista decente; pero sería mejor que arreglara su traje á su calidad, destino y proporciones. Supongo que por lo primero no desmerece usted ese ni otro más costoso; pero por lo segundo, esto es, por sus cortas facultades, creeré que propasa los lími-

tes de la moderación, y que á diez ó doce vestidos de éstos le ve el fin á su principal. Es cierto que el refrán vulgar dice: *vístete como te llamas*; y así usted, llamándose don Pedro Sarmiento y teniendo con qué, debe vestirse como don Pedro Sarmiento, esto es, como un hombre decente pobre; pero ahora me parece usted un marqués por su vestido, aunque sé que no es marqués ni cosa que lo valga por su caudal.

El querer los hombres pasar rápidamente de un estado á otro, ó á lo menos el querer aparentar que han pasado, es causa de la ruina de las familias y aun de los Estados enteros. No crea usted que consiste en otra cosa la mucha pobreza que se advierte en las ciudades populosas, que en el lujo desordenado con que cada uno pretende salirse de su esfera.

Esto es tan cierto como natural, porque si el que adquiere, por ejemplo, quinientos pesos anuales por su empleo, comercio, oficio ó industria, quiere sostener un lujo que importe mil, necesariamente que ha de gastar los otros quinientos por medio de las drogas, cuando no sea por otros medios más ilícitos y vergonzosos. Por eso dice un refrán antiguo *que el que gasta más de lo que tiene, no debe enojarse si le dijeren ladrón*.

Las mujeres poco prudentes no son las menos que contribuyen á arruinar las casas con sus vanidades importunas. En ellas es por lo común en las que se ve el

lujo entronizado. La mujer ó hija de un médico, abogado ú otro semejante quiere tener casa, criados y una decencia que compita, ó á lo menos iguale, á la de una marquesa rica; para esto se compromete el padre ó el marido de cuantos modos le dicta su imprudente cariño, y á la corta ó á la larga resultan los acreedores; se echan sobre lo poco que existe, el crédito se pierde y la familia perece. Yo he visto, después de la muerte de un sujeto, concurrir sus bienes, y lo más notable, haber tenido lugar en el concurso el sastre, el peluquero, el zapatero, y creo que hasta la costurera y el aguador, porque á todos se les debía. Con semejantes avispas ¿qué jugo les quedaría á los pobres hijos? Ninguno por cierto. Estos perecieron como perecen otros sus iguales. Pero ¿qué había de suceder si cuando el padre vivía no alcanzaban las rentas para sostener coche, palco en el coliseo, obsequios á visitas, gran casa, galas y todos los desperdicios accesorios á semejantes francachelas? La llaga estuvo solapada en su vida; los respetos de su empleo para con unos y la amistad ó la adulación para con otros de los acreedores, los tuvieron á raya para no cobrar con exigencia; pero cuando murió, como faltó á un tiempo el temor y el interés, cayeron sobre los pocos bienecillos que habían quedado y dejaron á la viuda en un petate con sus hijos.

Este cuento refiero á usted para que abra los ojos y sepa manejarse con su corto principalito sin disiparlo en

costosos vestidos; porque si lo hace así, cuando menos piense se quedará con cuatro trapos que mal vender y sin un peso en su baúl.

Fuera de que, bien mirado, es una locura querer uno aparentar lo que no es, á costa del dinero, y exponiéndose á parecer lo que es en realidad con deshonor. Esto se llama quedarse pobre por parecer rico. Yo no dudo que usted con ese traje dará un gatazo á cualquiera que no lo conozca; porque quien lo vea hoy con un famoso vestido y mañana con otro, no se persuadirá á que su gran caudal se reduce á dos mil y pico de pesos, sino que juzgará que tiene minas ó haciendas, y como en esta vida hay tanto lisonjero interesable, le harán la rueda y le prodigarán muchas y rendidas adulaciones; pero cuando usted llegue, como debe llegar si no se aprovecha de mis consejos, á la última miseria, y no pudiendo sostener la cascarita conozcan que no era rico sino un pelado vanidoso, entonces se convertirán en amarguras los gustos, y los acatamientos en desprecios.

Conque ya le he predicado amistosamente con la lengua y pudiera predicarle con el ejemplo. Veinte mil pesos cuento de principal; me ha venido la tentación de tenerle una muy buena casa á mi mujer y un cochecito, y ya ve usted que me sería fácil; pues todavía no me determino. Pero ¡qué más! la muestra que usted tiene sin disputa es mejor que la mía.

Acaso calificará usted esta economía de miseria, pero no lo es. Yo tengo también mi pedazo de amor propio y vanidad, como todo hijo de su madre, y esta vanidad es la que me tiene á raya. ¿Lo creerá usted? Pues así es. Yo quisiera tener coche; pero este coche pide una gran casa, esta casa muchos criados, buenos salarios para que sirvan bien, y estos salarios fondos para que no se acaben en cuatro días. A esto se sigue mucha y buena ropa, un ajuar excelente, media vajilla cuando menos de plata; palco en el coliseo, otro coche de gala, dos ó tres troncos de mulas buenas, lozanas y bien mantenidas, lacayos y todo aquello que tienen los ricos sin fatiga, y yo lo tendría cuatro días con ansias mortales, y al cabo de ellos, como que mi principal no es suficiente, daría al traste con coches, criados, mulas, ropa y cuanto hubiera, siéndome preciso sufrir el sacrificio de haber tenido y no tener, á más de los desprecios que tienen que sufrir los últimos indigentes.

Así es que no me resuelvo, amigo, y más vale paso que dure que no trote que canse. Yo no quiero que en mí sea virtud económica la que me contiene en mis límites, sino una refinada vanidad; sin embargo, el efecto es saludable, pues no debo nada á ninguno; no tengo necesidad de cosa alguna de las precisas para el hombre; mi familia está decente y contenta; no tengo